



El auténtico Gabriel Narutowicz, primer Presidente de la República polaca.

de vigilar el respeto a la Constitución en las democracias europeas) han constituido una auténtica excepción. Mucho más si se tiene en cuenta que la programación cinematográfica en TVE en los últimos tiempos se ha especializado en la divulgación del cine norteamericano y en el aplastamiento inmisericorde del cine español. (Podría, por lo tanto, ser verosímil la proyección del "spaghetti-western" con el que nos trefamos amenazados.)

Esta única proyección de "La muerte del presidente" no debería, sin embargo, agotar sus posibilidades comerciales. Hay que tener en cuenta que el Segundo Programa no abarca todo el territorio del Estado español y que no anda la exhibición española sobrada de películas de interés similar. Por otra parte, un más reposado conocimiento de "La muerte del presidente" podría hacer abandonar a algunos la ingenua esperanza de que el diálogo suprime a quienes no tienen intención alguna de dialogar. Como queda claro en el asesinato del primer presidente polaco, los fascistas saben prescindir fácilmente del parlamentarismo para cambiarlo por las armas.

Gotas nada más

EL documento de la Conferencia Episcopal Española, en el que nuestra Santa Madre Iglesia ha sentido doctrina acerca del divorcio, la píldora, el aborto, las relaciones prematrimoniales y la langosta dos salsas, ha causado sensación en la opinión pública de nuestro país por su carácter realista y avanzado. Hasta tal punto han alarmado las conclu-

siones clericales a amplios sectores de la población que, por mentideros y cenáculos de la Villa y Corte, viene circulando estos días el rumor de que conspicuos representantes de nuestro alto clero habían decidido formar un grupo de trabajo para di-

vilgar el conocido método Ogino de control de la natalidad, ya que se teme que las conclusiones adoptadas, al consagrar de hecho el libertinaje, hicieran insostenible la presión demográfica en la ruda piel de toro.

No podía sospechar este humilde cronista, cuando decidió no ir al obispado, la escena que se representaba a sus ojos en el sótano del edificio, convertido en sala de ensayo para el nuevo grupo musical Ogino's Blues Band, que daba los últimos toques a un motete que, sin duda, va a ser la canción del verano en las corrompidas discotecas de la Costa del Sol.

—Ogino, Ogino..., ¡plaf! —canturreaba, chasqueando los dedos, el viejo sacerdote que me precedía con su traje talar por la oscura escalera, sacudiendo suavemente la artrosis de la cadera. Púsose a un lado de la puerta el buen hermano y, haciendo oscilar la pelvis, me invitó a pasar al sótano. Sobre una tarima púrpura, enmarañada de micrófonos y cables, los preladados, abrazados amorosamente a sus instrumentos, aguardaban instrucciones del director de Ogino's.

—¡Atentos, chicos!

Monseñor Enrique y Tarancón golpea el atril con el báculo, llama al orden a este o aquel distraído, y con voz grave y dulce, persuasiva, exclama roncamente, como uno de esos viejos rockeros que nunca mueren:

—One, two, three!...

La música suena a cosa celestial en este sótano ignorado. El vocalista, un poco feble, para mi gusto, entona:

Ogino, Ogino,
sistema divino...

—Un poco más duro, hermano, que esto no es un bolero, leñe —reconviene Tarancón, mandando con la mano izquierda al trío de obispos que actúa de coro.

Entre los reunidos destacan el obispo Marcelo González (saxo tenor), Temiño (gaita gallega), Guerra Campos (batería y bongó), Yanes (guitarra eléctrica) y Jubany (monjetas amb botifarra). A Iniesta, obispo auxiliar de Madrid, conocido por su amistad con los marxistas, se le ha reservado el

triángulo, que Alberto tañe con cara seria y actitud disciplinada. La batuta, que ha llegado directamente del Vaticano, la esgrime con seguridad y delicadeza mi querido y admirado Tarancón, que ya grabara en sus años mozos infinidad de guarachas con el mismísimo Von Karajan.

—Monseñor —me atrevo a decir en una pausa del ensayo.

—¡Mi querido Antón! —exclama don Vicente, dejando a un lado la batuta y abrazándome efusivamente—. Nunca te perdonaré que nos hayas olvidado, bribonzuelo.

—He estado muy ocupado últimamente... —digo, apagando una colilla con la

punta del zapato y los ojos bajos.

—¡Pero si no vienes por la iglesia desde que te fugaste con el primer cepillo! —protesta, y comienza a liar un cigarro, gordo y apretado, como de cardenal—. ¿Qué se te ofrece, hijo?

—El asunto es que me han encargado que le haga unas preguntas acerca del documento de la Conferencia Episcopal. Muchos de nuestros ciudadanos quieren saber si puede usted confirmarme, personalmente, la decisión adoptada por la Iglesia española en lo que se refiere a la píldora.

—No me hables de píldoras —dice monseñor, echándose el báculo a la cabeza—, que, fuera de las del doctor Andréu, todas son pecado.

—¿Y el aborto?

—Un asesinato institucionalizado. Por lo demás, si los ingleses, o los suecos, quieren condenarse, practicándolo, allá ellos.

—¿Qué opina nuestra Iglesia del divorcio?

—Yo me permitiría recomendar a Suárez que no incluyera en sus proyectos de leyes, para atraerse votos fáciles, ninguna fisura por donde pueda colarse esa horrible desdicha.

—No puede imaginarse, monseñor, de qué modo me alegran sus palabras. Hay, sin embargo, un tema especialmente espinoso: el de las relaciones prematrimoniales.

—Como ya se dice en el documento, que ha sido supervisado por la autoridad del Santo Padre, sería muy de desear que los jóvenes no se dejasen llevar por el ambiente de fácil erotismo que ha inundado nuestra sociedad como una braga; digo, plaga. El matrimonio, querido Antón, no es como esos melones que se venden a cala y a cata.

Asombrado por tanta sabiduría y no menor realismo, me despido del príncipe de la Iglesia, que se obstina en acompañarme hasta la puerta. Antes, se vuelve al grupo y dice:

—Empiecen sin mí.

—“Ogino, Ogino..., tesoro divino” —comienza, ahora muy duramente, el vocalista. Y las escobillas de Guerra Campos, en la batería, suenan cosa fantástica. Palabra.

OGINO'S BLUES BAND

ANTON AMARGO